

MEMORIA Y SILENCIO

José Antonio **ABELLA**

LA ESCUELA BENAIGES EN BAÑUELOS



Hace ahora dos años, el 31 de octubre, viajé a Cerezo para visitar a Eladio Díez Viadas. Eladio, que cumplirá 93 años el próximo mes de febrero, vive en la residencia «San Vitores», donde dice que le cuidan bien, que la comida es abundante, que él es ya muy mayor y que, aunque le hubiera gustado seguir en Bañuelos, ya no podía valerse solo. Por eso decidieron sus sobrinos llevarle a la residencia de Cerezo, donde fui a visitarle aquella mañana de otoño.

Hacía cuatro décadas que no pisaba yo la patria de san Vitores, cuarenta largos años que no me han servido para comprobar si todo se repite, como sostenía Nietzsche, o si la vida es un largo camino sin retorno, de dirección única. En estas vaguedades pienso al volante de mi coche, cuando dejo la autopista a la altura de Briviesca y, tras pasar Quintanilla San García, enfilo hacia Cerezo por una carreteruca que avanza entre tierras de labor y lomas descarnadas, siguiendo al río Bañuelos (que tiene tres letras de *río* y ocho de *arroyito*). En tales naderías pienso, y también en aquel yo mío de hace cuarenta años, cuando trabajaba en Las Lomas, mi primer destino como médico: Carrias, Castil de Carrias y Bañuelos de Bureba eran los tres pueblos que atendía, ya entonces mordidos por ese perro famélico y rabioso de la despoblación. En uno de ellos, Castil de Carrias, sólo quedaba un habitante, Florentino, al que iba a visitar cada tres o cuatro meses para comprobar que seguía con vida. Años después, se lo encontraron muerto unos cazadores. Así lo cuento en *Aquel mar que nunca vimos*: «Al cadáver de Florentino lo encontraron unos cazadores hace ya un cuarto de siglo, en 1994. Todavía estaba encendida la cocinilla de gas que apagó para acompañarme a ver la iglesia. Todavía estaba hirviendo en el puchero la sopa de mugre y sebo que ya no volvería a calentar sus tripas.»

También el temor a encontrarme con que Eladio hubiese muerto me acompañaba en el viaje a Cerezo. Así me sucederá poco después con Amparo Hernáez Barga, compañera de Eladio en la escuela de Bañuelos, con la que también quería entrevistarme. El día previo a visitarla en su residencia del Condado de Treviño, me telefoneó Jesús Viadas para decirme que no hiciera el viaje: Amparo se acababa de morir. Ahondar en los secretos del pasado es una lucha contra el destino, que siempre nos acaba ganando la partida. Pero no intentarlo es renunciar a aprender de los aciertos y los errores que nos han llevado a lo que somos: esa triste verdad de que los pueblos que olvidan su historia están condenados a repetirla.

Eladio, por fortuna, estaba y está vivo. Mi interés en verle, a él y a todos los que fueron alumnos en la escuela de Bañuelos de Bureba entre 1934 y 1936, nacía de un largo silencio que a lo largo de tres años he intentado comprender:

Yo fui médico en Bañuelos hace cuarenta años, de 1979 a 1983. Pasaba consulta en casa de un vecino, Daniel García, y pedí que me acondicionaran un modesto consultorio en la antigua escuela, donde ya no había niños. Pero no lo conseguí: «Su escuela, me dijeron, estaba en tal estado de ruina y abandono que no les resultaba posible habilitar en ella un consultorio. Bañuelos era un pueblo pequeño y de escasos recursos, yo debía comprenderlo». Lo que nadie me dijo nunca es que en aquella escuela habían tenido por maestro a un hombre singular, a un catalán de Montroig (Tarragona), que pagó de su bolsillo una imprenta de la que, entre 1934 y 1936, salieron trece maravillosas revistillas escolares, escritas y compuestas por aquellos niños que, con el correr de los años, serían mis pacientes.

¡Aquel Bañuelos de Bureba previo a la Guerra Civil —la más incivil de nuestras guerras— no tenía carretera, ni luz eléctrica, ni agua corriente..., pero sí una pequeña imprenta en su pequeña escuela!



Y nadie me lo dijo ni me habló de aquellas revistillas (*Gestos*, la de los niños mayores, y *Recreo*, la de los pequeñines), como tampoco me dijo nadie que aquel maestro había prometido llevar a sus alumnos a Montroig en el verano de 1936, para que conocieran el mar, ni que jamás pudo cumplir su promesa porque el día 19 de julio lo apresaron, lo apalearon hasta dejarlo hecho un eccehomo, le rompieron los dientes a culatazos, lo pasearon medio desnudo sobre una furgoneta por las calles de Briviesca, envuelto en una bandera, lo llevaron a la cárcel y esa misma noche lo sacaron casi muerto, para rematarlo en un cruce de caminos.

Aquel maestro se llamaba Antonio Benaiges Nogués. Tenía 33 años cuando lo asesinaron. Y de su historia terrible y luminosa quería hablar en la residencia de Cerezo con Eladio, el único de sus alumnos que aún sigue con vida cuando tecleo estas palabras. Por eso fui a visitarle, porque él había sido testigo de una historia excepcional que yo trataba de documentar y de escribir. *Aquel mar que nunca vimos* era el título que tenía pensado para el libro, y con ese título acaba de ser publicado en Cantabria por la editorial Valnera. De sus páginas centrales extraigo los siguientes párrafos:

«Viajo a Cerezo sin demasiadas esperanzas, para conocer a Eladio. Jesús Viadas me ha dicho que tiene la cabeza algo perdida: "Cosas de la edad, que no perdona".

»—¿Se acuerda de mí? —le pregunto al saludarle—. Yo fui médico de su pueblo, de Bañuelos, hace ya muchos años.

»Está claro que Eladio no se acuerda, pero hace un gesto ambiguo, sin perder la sonrisa, como si le diese apuro decirme que no es capaz de recordarlo.

»(...) sé que Eladio trabajó de camionero junto a su hermano Anastasio. Así se lo digo y él asiente con una lágrima que empaña su mirada pero no su sonrisa, como si de pronto (incapaz de salir de las cuatro paredes donde ahora vive) le vinieran a los ojos los paisajes contemplados desde la cabina del camión, los horizontes abiertos, la lejanía del mar.

»—¿Usted vería el mar desde el camión? —le pregunto—. De niño, ya sé que no. De niño, el maestro de la escuela les había prometido llevarles a conocer el mar, ¿se acuerda usted de eso?

»Eladio se emociona y asiente con la cabeza, incapaz de explicar con palabras lo que sus ojos explican de forma mil veces más elocuente. Ante esos ojos pongo yo ahora una copia de la fotografía de los escolares tomada en 1936, en la que él no está.

»—¿Conoce a alguno?

»—Este era el maestro —me dice—, y este mi hermano Primitivo, y este Cecilio.

»Los ojos se le han iluminado y yo, que a estas alturas de la historia ya conozco de memoria los nombres y apellidos de cada escolar retratado en esa foto, me doy perfecta cuenta de que no se ha equivocado en ninguno, lo que me reafirma en mi primera impresión: además de poseer una vista envidiable, la memoria de Eladio está en su sitio; es su lengua la que se ha enredado en laberintos de silencio donde las palabras se esconden.

»Para cuando sucede este encuentro, ya he comenzado a preparar una edición facsímil de los cuadernillos de la Escuela, que llevará por título *Escritos de vida*, pero de momento solo tengo unas copias en blanco y negro.

»—Esto —le digo, mostrándole unas páginas de *Recreo*— lo escribió usted, ¿se acuerda? Habla de una tarde en la era del pueblo, con Emerenciana tocando el gramófono y los niños jugando con el maestro.

»—Pero el cuaderno era en color —protesta Eladio.

»—Sí, era en color, pero solo tengo una fotocopia —le aclaro—. ¿Se acuerda de que el maestro decía que ¡esto es salud!?

»—El maestro era muy bueno —dice emocionado, llevándose ambas manos a los ojos para secarse las lágrimas—. Un día me dio melocotones, que nunca había comido. Era muy bueno… Y lo mataron…

»—Sí que era muy bueno —le digo—, pero no se ponga triste. —Y le muestro el cuadernillo número 4 de *Gestos*, publicado en enero de 1935, donde aparece el dibujo con los siete hermanos.

»De nuevo se le iluminan los ojos. Pasa el dedo por las figuras del grabado y va desgranando sus nombres uno a uno, sin equivocarse ni vacilar:

»—De eso hace ya mucho tiempo —trato de animarle, y pongo mi mano sobre la suya porque me siento culpable de haberle conducido a ese estado de tristeza, que no es lo que se espera que haga un visitante. Luego, con el mismo propósito, le muestro una fotocopia de *Recreo*, del número uno.

»—Esto lo escribió su hermano Primitivo —le digo, y comienzo a leer:

LA MORRALERA

Este mediodía, cuando hemos terminado de comer, he ido a la Escuela y me he encontrado una morralera. Le he metido paja y nos hemos llevado a rastras con ella.



Para tirar hemos atado unos palos con las ligas. Hacíamos mucho polvo. Cuando iba montado Eladio decía muy fuerte: ¡Voluntario! ¡Catalana!.. De oírlo decir a los hombres.



Con el polvo nos hemos puesto muy sucios. El maestro lo veía y nos ha mandado al río a lavarnos.

PRIMITIVO



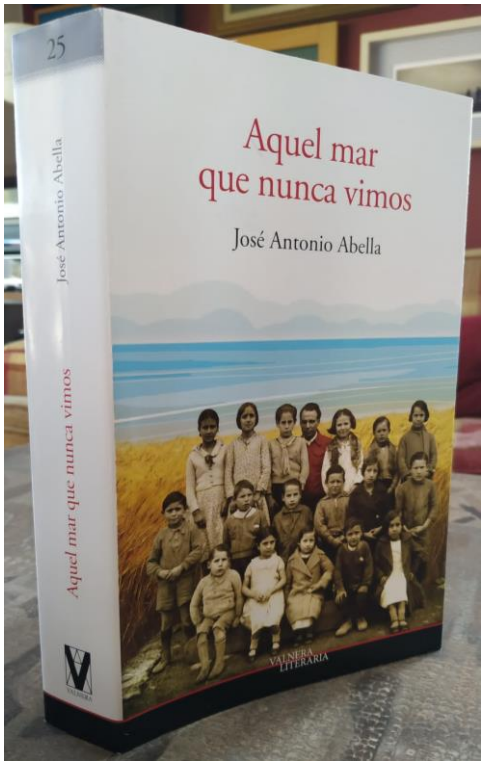
»—¡Voluntaaario! ¡Catalaaana! —repito en voz baja, haciendo como que grito—. ¿Se acuerda de eso, Eladio?

»Y Eladio se sonríe y repite conmigo, como si hubiera vuelto a ser el niño del dibujo, sentado en la morralera:

»—¡Voluntaaario! ¡Catalaaana!»

Los grabados de los niños que acompañan a este texto del hermano de Eladio, y a todos los publicados en la modestísima imprenta escolar de Bañuelos de Bureba entre el otoño de 1934 y el verano de 1936, están llenos de inocencia y de belleza. Al verlos, algo dentro de nosotros se conmueve y no podemos dejar de pensar en el destino de aquellos niños que los dibujaron y los escribieron, en las esperanzas rotas, en la terrible sinrazón de la guerra que asoló a este país nuestro. «El maestro era muy bueno..., y lo mataron», me decía Eladio en la residencia de Cerezo, temblándole dos lágrimas en sus ojos de noventa años.

Esta es la historia que cuento en *Aquel mar que nunca vimos*, una historia amor a la enseñanza, de sueños truncados, de silencios escondidos a lo largo de muchas décadas, de enfrentamientos fratricidas que nunca deberían repetirse.







Fotografía tomada entre enero y marzo de 1936 delante de la entrada de la escuela de Bañuelos con el maestro Benaiges en el centro de la fila de atrás. Eladio no aparece en la foto porque ese día había salido a pastorear las cabras. Sí están sus hermanos Primitivo (fila del medio, a la derecha) y Cecilio (fila inferior, sentado, a la izquierda).